

CAPITULO XI

Demuestra el extremo de satisfacción y de fidelidad que debe abrazar el Reino para reconciliarse con Dios y con el Rey perfectamente

I

Es sabio consejo buscar el remedio en la fuente y atacar el daño en su causa. Los fieles propósitos de la enmienda son los correos que debemos mandar a Dios para calmar la tormenta de sus iras. La penitencia ha de ser el iris de paz que vincule alianzas entre Dios y el Nuevo Reino. Aquella penitencia que //

187r encomendaron los Profetas, que observaron los Patriarcas y que abrazaron los Anacoretas, ha de ser el muro incontrastable que impide la entrada a la indignación divina. Ella ha de ser la sierpe de bronce que debemos levantar en alto para manifestar a Dios la causa de los males que nos afligen y solicitar de sola su mano poderosa el remedio contra las venenosas picaduras de los trabajos y castigos públicos. Ella debe ser el sacrificio que debemos ofrecer en el altar del Jebuseo para que cesen los rigores y las divinas opresiones con que nos aflige el Cielo. Es la penitencia aquella noble virtud que inclina al hombre, transgresor de la ley y precepto al dolor y detestación del pecado cometido en cuanto es ofensa de Dios. Los actos que la dividen son la contrición y satisfacción. Aquella es interior y exterior ésta: una y otra son necesarias en el Nuevo Reino para la completa reconciliación con Dios y con el Soberano. La necesidad de la penitencia nos la enseña el Profeta Joel cuando nos dice: haced penitencia. El Profeta Daniel, exhortando a Nabucodonosor a la reconciliación con Dios, le persuade la penitencia. El mismo Cristo nos dice

por San Lucas: si no hiciéreis penitencia todos sin duda pereceréis.¹ De aquí es que la satisfacción absolutamente es indispensable a todos aquellos que se desviaron de la observancia de la Ley. Consúltense los Padres de la Iglesia, regístrense los concilios de Florencia y de Treinto (sic) y se encontrará que la oración, la limosna y el ayuno son los tres principales ejercicios a que se reducen todas las maceraciones que afligen y acibaran el cuerpo. No hay señales menos equívocas, //

187v no se reconoce efecto más seguro de la sólida penitencia del corazón que el espíritu de mortificación exterior. Los zánganos en las colmenas fabrican los panales con diligencia pero jamás los llenan de miel. La verdadera penitencia no estriba en exterioridades; precisa es la mortificación interior y la amargura del corazón. Ambas a dos deben ser fieles compañeras y de esta bella e inseparable unión resulta la agradable armonía en presencia de Dios. En la esfera de graduación en que se reconoce la culpa ha de tener su lugar la penitencia, pues ésta se ordena a recompensar las penas que corresponden a aquélla.

II

Supuesta esta Doctrina teológica :¿qué aparato tan ruidoso de maceraciones debe observarse en los cristianos de este Reino? ¿Qué ásperos tratamientos deben dar a sus cuerpos cuando las abominaciones son tan frecuentes? ¿Tan continuos los excesos? ¿Tan enormes los vicios? Hágase una exacta observación de todas las edades, sexos, temperamentos, condiciones y estados, por dentro y fuera, en público y en secreto y se verá el espíritu de relajación entronizado y dando nuevas providencias contra la abnegación de la propia voluntad, contra la moderación de las pasiones y contra la contención de los apetitos desordenados. ¿Cuántos Absalones se presentan a la vista? ¿Cuántos Jeroboanes? ¿Cuántos Heliozábalos? Cuántos Acabes? ¿Cuántas Jezabeles? ¿Cuántos Cínes? ¿Cuántos Amanes? //

1 Dan. c.4. v. 24. Luc. c. 13. Trident. sess. 6. c. 14. (187r Q).

- 188r ¿Cuántos Balaames? ¿Cuántos Amones? ¿Cuántos Saules? La soberbia, la arrogancia, la mentira, el engaño, la temosidad, la irreligión, el ningún rubor, el lujo, la corrupción de costumbres, la brutalidad, la profanación del santuario, la torpeza, la embriaguez y otros males de igual o peor naturaleza tienen el mejor acceso en el corazón de los cristianos de nuestros tiempos. Este es el estado general del Reino. ¡Qué rigurosas penitencias deben observarse! Qué asombroso estruendo de cadenas, rallos y disciplinas debe oírse! ¿Pero qué? Ya veo que me había digresado del asunto que trato. Hablaba de la relajada abominación universal que se advierte en los Pueblos, en donde se ven reunidos todos los monstruos de iniquidad que aun no los sorprenden. Solo este respeto debía ser objeto de la más extremada penitencia. Debo ceñirme al desorden particular que con lágrimas en los ojos acabamos de sentir. De la general sedición hablo, que perturbó todo el buen orden de la República civil y abrió nuevas puertas al desorden que tiene inundada la cristiana (sic). Sin reparo de la Religión se hablaba mal de la persona del Rey; se le notaba de tirano cruel y excomulgado, siendo tan clemente y religioso; se maquinaba contra su legítima autoridad y natural señorío en el grande Pasquín de la sedición al que se le daban reverentes y obsequiosas adoraciones, calificándole con los gloriosos títulos de Real Cédula, que no merece. Se gritaba contra el gobierno, se hacían juntas y se formaban tropas para la más sangrienta persecu //
- 188v ción no sólo de los ministros regios sino también de los notables, fieles y leales españoles, intentando su tirano deguello y su cabal y entera ruina. Aquella hidalga nación, aquellos sus legítimos hijos que bebieron el nectar de la fidelidad y obediencia al Soberano, aun en la delicadeza de su cuna: aquellas generosas ramas, cuyos troncos estas bárbaras regiones, dieron nuevo ser de nobleza a sus familias, iluminaron con las luces del Evangelio tan remotos climas y que en su comparación ni hay Rey ni Nación que haya sujetado tantas almas a la obediencia de Cristo, según la expresión de Thomas Bocio (sic).² Esta bella porción, digo,

2 De signis eccles, apud Gonzal. De Avila in proem. lib. 1. de las Grandezas de Madrid. (188v R).

era destinada al bárbaro sacrificio del sangriento deguello. ¿Pero en qué tiempo? Cuando se pensaba, habían ya cesado las aguas de la inquietud, descansaba ya la Arca de la Paz y tranquilidad pública sobre los montes no de Armenia sino de Zipaquirá, en cuyas llanuras amaneció y se formó el iris del sosiego y de segura alianza sin la hermosura y gala de sus vistosos colores. Se firmaron unas Capitulaciones que sin embargo de ser el arco de confederación le enlutaban con los negros colores de radical Rebelión. Sobre este delito levantaban torreones de viento de felices y ventajosas esperanzas aquellos mismos que debían acreditar más su constante reconocimiento y lealtad. No puedo correr la pluma sin lastimar mi fiel corazón //

189r al ver que los que son los faroles de la fe en los Pueblos recibían las tropas levantadas y rebeldes con aplausos, con aclamaciones, con repiques de campanas y con: me falta el aliento para decirlo. No puede negarse que fue en extremo tirana y cruel la resolución. Ya queda probado en otro capítulo lo sumo de la gravedad de este delito; pero agregadas estas últimas circunstancias no deja de ponderarse más la malicia del sacrilegio. San Gregorio y San Agustín nos aseguran que la penitencia ha de ser a proporción de las culpas. Y siendo tan execrable y de tan monstruosa enormidad la de la Rebelión, se concluye el extremo de penitencia que se debe tomar en este Reino para la perfecta reconciliación con Dios.

III

Horrible gruta era aquella que nos recuerda San Juan Clímaco en su escala mística, grada quinta. Llámase corcel de penitentes; entraban en sus espantosas estancias y no salían de sus horrorosas divisiones hasta que el Abad Isac, a cuya obediencia estaban sujetos, tenía revelación del cielo, que ya el decreto del perdón se había publicado. Pan y agua era su escasa comida; continuos sus ayunos, frecuentes sus viglias, fervorosa su oración; éste hería sus carrillos, aquél mesaba sus cabellos: quien despedazaba con crueles azotes sus carnes, quien se revolvía entre penetrantes espinas. Montes de ceniza, catastas //

189v rimas de garfios y cadenas, lagunas de sangre, eran los objetos de honor que se presentaban a la vista; sollozos, ayes, llantos y suspiros, eran las voces que allí se percibían. Dios, piedad, misericordia, eran los ecos que allí resonaban. Yo, si leo las historias, me veo preocupado del espíritu de horror. Se me presentaban espectáculos de una cruel carnicería y solo tengo lugar para llorar tan rigurosas austeridades. Descubro a un Talaleo (sic) que después de extenuar sus carnes entre día con repetidos rigores, era su descanso de noche la dura cama, alfombrada de penetrantes puas de acero. Advierto a un Santiago Hermitaño sepultarse por espacio de diez años entre los huesos de los muertos sin levantar la cabeza al cielo y sin más sustento que las hierbas que nacían en la circunferencia del sepulcro. Sola una culpa de fragilidad era la causa de tanto rigor. Y siendo la Rebelión escuela de tiranos, fuente de iniquidad, manantial de desorden, Vesubio de torpezas, puerta de infidelidad y seminario de desconcierto e inhumanidad, ¿qué penitencia se observa? ¿Qué Davides penitentes se encuentran? ¿Qué (palabra ilegible) llorosos? ¿Qué egipcíacas en el Desierto? Su ejercicio se mira enteramente divertido. La Rebelión tan cierta y la penitencia en tanto abandono, en tal olvido? No hacer guerra ninguna a la necesidad de la Naturaleza con abstinencias y rigores //

190r es lo que a mí me admira y me confunde. Un General sufre todas las incomodidades de las estaciones, las molestias de las marchas, las faenas de las trincheras: olvida su descanso, deja su casa, expone y sacrifica en mil peligros su vida. Los más ásperos instrumentos de rigor no podrán jamás producir en su cuerpo, ni más inquietud, ni más amargura, ni más dolor. Sin embargo, ni se tiene tiempo ni valor, ni voluntad para ser penitentes de la Religión y se tiene siempre de sobra para ser anacoretas no de las Nitrias y Tebaidas pero sí del mundo y del demonio. La preocupación falsa en que se vive inspira horroroso espanto para el repudio de la austeridad y administra débiles excusas, frívolos pretextos y disputas ridículas para eludir su conveniente práctica. Si se trata de penitencia, de limosnas, de ayunos, de oraciones y de lágrimas, todo fastidia, todo se deja, todo enfada, todo se abandona. Si se piensa en pasatiempos, en teatros, en músicas profanas, todo complace, todo se sacrifica y todo es herencia

- de la antigua serpiente, a cuya imitación se fabricaron las flautas y otros instrumentos de lascivia, dice San Epifanio.³ Grande fue la necesidad de los coetáneos del Patriarca Noe. Los anuncios que el Patriarca les daba de las iras del Cielo fueron despreciados y desatendidos. Oían los repetidos golpes en la fábrica del Arca, que eran otras tantas gracias y voces conque Dios les hablaba al corazón. La vana esperanza les hacía desconocer el proximo riesgo //
- 190v de su última y fatal desgracia. Debiéndoles tener esto temerosos y compungidos sólo trataban de fiestas, músicas, banquetes, buenas comidas y de alegres concurrencias. Ellos temían a la vista los infelices efectos y lastimosos estragos del diluvio pero todo el objeto de su atención era el placer y el regocijo. No se portaron así los Ninivitas. A la voz de Jonás bajó el Rey de su trono, dejó el cetro, despojose de la púrpura, se vistió de saco y sentado en un cenicero empezó a derramar tristes lágrimas; y con tan superior ejemplo se llenó la ciudad de reverente pavor, se vio preocupada de la consternación y sin excepción de personas de todo sexo y de toda edad, emprendieron con tanto dolor la penitencia que fue objeto del asombro de todas las edades y de los siglos todos. Sus lágrimas se proporcionaron con las banderas de sus escándalos, con la lascivia de la niñez, con la libertad del mujerío, con la insolencia del sacerdocio y su temor y penitencia los preservó de las amenazas con que Dios quería vengar su causa. Los marineros que maniobraban las jarcias, cables, entenas y velas de la nave en que navegaba Jonás fugitivo, fueron asaltados del temor divino; y sin embargo de ser Gentiles ofrecieron sacrificios al verdadero Dios, después de haber calmado la borrascosa tormenta del mar. Ejemplo es este de confusión vergonzosa para este Reino. Aquí se percibieron repetidas veces los ecos de los golpes de la justicia //
- 191r de Dios, que anuncian un diluvio de dolorosas ruinas y últimas fatalidades. En el proceloso mar de este Reino iba zozobrando la nave de la Religión, en donde navegaban tantos Jonases rebeldes a la voluntad soberana, a todo viento

3 Lib. I. Heres. 25. (190r S).

y a todo naufragio, anegados todos en las soberbias olas de la sedición. Lejos de imitar a los Ninivitas y a los tres niños de Babilonia, que desatendieron las profanidades de las fiestas públicas y no quisieron constituirse adoradores de la soñada estatua de Nabuco, no temen la indignación divina, desprecian sus avisos soberanos, no abrazan la penitencia ni menos ofrecen amargos sacrificios para que los tristes gemidos enternezcan la piedad eterna, aplaquen las acibaradas lágrimas la justicia; e indultando a su contrición las injurias hechas a Dios, reformen sus costumbres y mejoren su vida. Temerarios secuaces de los Pueblos de la Caldea, Persia, Grecia y Roma que en medio del lamentable pronóstico de la triste situación en que se hallaban los cuatro Reinos de su última perdición, no conocieron la mano pesada de Dios que iba a oprimirles, no procuraron retirarse de las pomposas aclamaciones, de los públicos regocijos y de los espléndidos banquetes con que recreaban el sentido y lisonjeaban las pasiones. Despreciaron las lágrimas y estimulados más del amor a lo temporal que de la reflexión a lo eterno, se entregaron a las públicas diversiones, perdiendo de vista a Dios en tiempo que se dejaba ver con la espada desnuda en la mano. Yo ignoro que pueda contemplarse frenesí más furioso, ni delirio mayor que pretender de Dios la reconciliación y //

191v la penitencia en el más reprehensible abandono. Cuando este Reino debía presentar a las Aras del Altar las públicas perturbaciones que sufrió contemplando su origen de la mano del Señor, en pena de sus culpas, que es una tácita acusación de ellas, entonces dejó correr las riendas a sus brutales pasiones y a los excesos más torpes, que de todo abundaban menos de Religión. Repudió las amarguras del Calvario y solo su objeto eran las delicias del Parnaso. Sus entretenimientos no eran para desahogar su espíritu sino por entretener el vicio y por ocuparle según los deseos extravagantes de un corazón corrompido. Su única ocupación era divertirse para vivir y no vivir para divertirse. Su espíritu no se apacienta sino de ideas deliciosas, sensuales y nada cristianas. A los paseos siguen los juegos, a los juegos los espectáculos, a los espectáculos la licenciosidad, a la licenciosidad las pecaminosas convenciones, a éstas los

amancebamientos, a los amancebamientos los escándalos, a los escándalos las injusticias, a las injusticias las murmuraciones, a las murmuraciones las falsas calumnias, a éstas los pleitos y a los pleitos las venganzas. Esta es la parte de tiempo que emplea para dar gracias al Rey por el importante Indulto que le concedió.

IV

Estoy bien persuadido que son muy justas las //
 192r gracias por un beneficio tan particular. Poderosos motivos le asisten para estos esmeros de reconocimiento. El general perdón será monumento inmortal de su gratitud. Se duda si tales gracias serán agradables a Dios, que es el principal ofendido, a causa del espíritu del particular gusto que las anima y que no es capaz de endulzar las amargas del alma. Tales exterioridades son unas recreaciones desabridas y materiales que contradicen el Evangelio, que embotan el interior sosiego y vigilante atención para oír la voz de Dios. En esta consideración no temeré asegurar que Dios no queda stisfecho con las gratas demostraciones de esta naturaleza. Son a la verdad una vulgar preocupación a favor de la relajación que le engaña y adormece. La Real condonación del agravio recibido sólo atiende a la superficie temporal, que es la pena civil; la de Dios tiene por objeto la amargura del corazón y el temor santo de la conciencia que es incompatible con todo el aparato ruidoso de espectáculos y concurrencias bulliciosas. Ellas, las más veces, son escollo de la inocencia, sepulcro de la pureza, teatro de la soberbia y trofeo de los apetitos mal dominados. Ellas son un compuesto de todos los peligros, en donde el Infierno tiene prevenidas las emboscadas y un compendio vivo de todos los armamentos más furiosos para el engaño del corazón, en donde existe apagado el espíritu de Religión. ¿Cómo, pues, serán gratas a Dios? ¿Se mudó acaso el Evangelio? ¿Tomó nuevo //
 192v aspecto el espíritu de Jesucristo? Sabemos que el alma sin los brillos de la gracia es una tierra árida, inútil y seca que no produce sino abrojos y espinas: que unos auxilios mal correspondidos son talentos enterrados en el terreno lánguido del desprecio que más irritan a Dios y de quienes es menester

darle terrible cuenta: que nosotros no podemos ser parte de Dios y parte del mundo; porque sus máximas y leyes son enteramente opuestas y contrarias entre sí: ¿cómo, pues, nos podremos persuadir que las acciones de gracias al Soberano son sacrificio de alabanza a Dios cuando están acompañadas de un espíritu de alteración y falsa preocupación? Sin penitencia no muda Dios de sentencia, ni se le obliga a que suspenda el rigor, pues el arrepentimiento seguramente desarma sus justos enojos. Un claro testimonio nos ofrece la misma Escritura santa. Hidrópica de ambición la tirana Isabel intenta posesionarse de la viña de Nabot, después de su muerte, sin tener derecho alguno la Reyna. Da su consentimiento y usa de ella como propia el Rey Acab. Indignado Dios de tanta maldad, manda al Profeta Elías que le anuncie esta triste y temerosa embajada: “mataste y poseiste; por eso lamerán los perros tu sangre donde lamieron la de Nabot. Segará Dios la espiga de tu posteridad. Hará tu casa como la de Jeroboán y Baasa. En ese campo despedazarán los perros a Isabel: de ti sucederá lo propio si mueres en poblado; y si en los campos, serás mísero pasto de las aves”. //

193r Con voces tan de trueno queda trastornado Ahab: le procura el espíritu de temor y toma el partido de aplacar a Dios con la penitencia. Penetrado del más vivo dolor despedaza sus vestiduras, se desnuda de toda la grandeza de majestad, se retira de los obsequios de la corte y compungido se entrega a Dios. Castigan rigurosos cilicios su carne; descansan sus huesos no sobre blanda pluma sino sobre la dura aspereza de la tierra; los ayunos, las lágrimas, la ceniza, el cilicio conque aflige y atormenta el cuerpo, reduciéndole a un vivo y animado cadaver, son compañeras inseparables del amargo acíbar que martiriza a su alma. La viva meoria que tiene de su maldad es una imagen espantosa que le inspira tanto rigor, ya sea servil, ya sea de amor. Lo que es cierto es que el mismo Dios aceptó su doloroso arrepentimiento, como se lo significó al Profeta Elías. En el instante y feliz momento que el perverso Rey se humilla y demuestra su arrepentimiento, se muda el corazón de Dios y revoca el decreto de sus iras. Suspende las aparentes materialidades del rigor y venganza premiando un dolor sin faltar a la justicia; sin embargo de

ser remiso y no purificar del todo su corazón. No se le ocultaban a Dios los ingratos delirios en los que se había de precipitar Achab en lo sucesivo, y mucho menos los términos de la infinita misericordia. Siendo tan poca duración sus penitentes lágrimas hace que prevalezca su clemencia, perdonándole sus desbarros durante su vida. Que la actual penitencia suspenda //

193v el castigo del pecado que se ha de cometer es cuanto tiene que admirar lo inmenso de la infinita misericordia. Dios no puede olvidar la justicia; pero su dilatación no se opone al rigor de ella por ser dueño absoluto de su ejercicio. No se ignora que los sacrílegos desordenes de la Rebelión vulneraron principalmente a Dios, quien venga la causa propia en la de los Reyes. Los agravios hechos a los Príncipes los mira como propios. El amenaza con muerte violenta al Pueblo rebelde que dice de su soberano: no queremos que él reine sobre nosotros. Cuando la gente hebrea repudiaba el gobierno dijo Dios a Samuel: no es a tí sino a mí a quien ellos han despreciado. Dios es el autor de la Soberanía, del Poder, del Imperio, de la Majestad y de la Gloria. El Evangelio (palabra ilegible) en los Reyes la elección y la obra de Dios. De su mano reciben la Autoridad y la Corona. La Religión nos enseña que es el principal ofendido: que el delito de la sedición clama por la venganza. De parte del Rey sabemos que está condenado por el poderoso valimiento y eficaces instancias del Príncipe caballero, Mesenas propio y verdadero Padre de la Patria. Por lo que respecta a Dios enteramente ignoramos si dispensó la gracia del perdón. La maldad fue cierta y la penitencia es ninguna cuando debía ser la más dolorida y asombrosa. El medio seguro para que Dios retire la mano del castigo merecido son las lágrimas, la oración y el cilicio. Estas son las armas poderosas para vencerle. ¿Pero en dónde están éstas? se retiraron a la floresta más abandonada de la Siria, en //

194r donde habita Jerónimo; a las soledades de Arsinoe en donde bebió el veneno de la culpa y la borró con la penitencia un incauto Anacoreta; y a los desiertos de Egipto, en donde rasgó sus carnes un Dicipido del gran Pacomio. Se reservaron las lágrimas para el penitente Rey David, las que eran su ordinario y cotidiano alimento. Aquí se piensa aplacar la ira de Dios

con bailes, músicas, despechos, sensualidades, costumbres viciosas y con todo género de exceso contra la Religión. Aquí se eslabonan duras cadenas formadas de tantos eslabones cuantas son las ingratas y repetidas culpas que se cometen. Aquellas culpas digo; tiranas que ciegan a los infelices pecadores, cazadoras que los enlazan, traidoras que los engañan, corsarios que los esclvizan, homicidas que los matan. Ellos son mar turbulento y tempestuoso que los anega, sima profunda que los traga, aire corrupto que los infecciona, cáncer que los corompe, viento que los trabuca y fuego abrasador que los consume. Este es el uso que hacen de su libertad para reconciliarse con Dios. ¿Qué mayor locura se puede pensar? ¿Qué mayor delirio? Basta ya de ingratitud, de ceguedad y de preocupación. Vosotros, que las ideas de dolor y arrepentimiento las convertisteis en especáculos públicos de diversión y pasatiempo, volved, volved al centro de vuestra felicidad, que es la humillación y conversión a vuestro Dios. Es el Príncipe de la paz, de la misericordia y de la piedad. No atenderá vuestras arrogancias y despechos; //

194v os admitirá a la reconciliación. Vana soberbia fue la de Benadab que con la fuerza de treinta y tres reyes llegó a envilecer el ánimo de Acab. Acordó éste el infame borrón de infamia y bajeza conque habría maculado la Majestad de Israel, concediendo el oro, la plata, las mujeres y sus hijas que contenía la formidable propuesta del Rey a Siria; y con dictamen de los ancianos y principales varones de la corte, resistió a las insolentes embajadas de Benadab; este fue el motivo de haberse declarado la guerra. Acometieron los israelitas con tanto denuedo, espíritu y valor, que venturosas sus saetas mataron los caballos de la vanguardia; con tan no esperado accidente huyeron los del cuerpo de caballería, atropellando los primeros cuarteles del ejército hasta la tienda de campaña de los Reyes. Fueron preocupados del temor y confusión; se entregan a una precipitada fuga y quedan vencedores del campo los de Israel. Increíble es el delirio del gentilismo. Se atribuye la derrota a los Dioses tutelares de Israel, a cuya tutela estaban los montes, en donde se había acampado el ejército de Siria. Creía el consejo que los valles favorecieron la causa de Benadab, haciendo guerra civil en los campos elíseos o en el soñado Paraiso de sus falsas deidades; y concluido el año de la perdida de la

- batalla juntó sus tropas contra Achab, se traba sangrienta acción y siempre propicia la fortuna quedó la victoria por los israelitas. Se arrui //
- 195r naron los muros de Aphec y entre sus lastimosos y trágicos estragos se ocultó fugitivo Benadab. El fatal acontecimiento de la guerra humilló la soberbia de los sirios; y desnudos ya de toda ferocidad imploran el auxilio de Achab con demostraciones penitentes; ofrece éste los derechos de la humanidad, ampara al Rey de Siria, le introduce en su carroza y hace ver a todas las Naciones la generosidad de un Príncipe con los tratados de la paz tan ventajosa como útil y feliz a ambas Naciones.⁴ Sean compañeros inseparables de nuestros clamores y penitencias el espíritu y fervor de los hijos de Israel cuando penetrados por todas partes de aflicción y congoja, solicitaban el remedio del Cielo a instancias del sacerdote Eliachim. No se funde nuestra reconciliación con Dios en puras ceremonias, que éstas son aquella vana disposición que reprendía el Profeta Isaías en los Moabitas; sea nuestro reconocimiento una fiel producción de la amargura de nuestro corazón; no merezca nuestra ingratitud aquella viva y dolorosa memoria, tantas veces anunciada en el Deuteronomio, y repetidas ocasiones verificada en todas las Naciones y siglos. Aumentará el Señor vuestras plagas, haciéndolas grandes y duraderas, enfermedades pésimas y perpetuas. Lejos de pensar que los medios puramente humanos inclinen hacia nosotros al Dios fuerte y terrible en las batallas, abracemos el uso y obligación de merecer sus piedades y misericordias. Si las calamidades públicas son las visitas que el Señor hace a su amado Pueblo: si son los //
- 195v despertadores de que se vale para los investigables pero sobrios y sensibles decretos de su sabia providencia, prevendremos el remedio con la sinceridad de nuestros clamores, gemidos y penitentes lágrimas. No le contemplaremos como fantasma de divinidad y como un Rey de burlas; le temeremos sí, como Soberano poderoso y Dios vengador. Nuestro principal cuidado será hacer ver a las Naciones todas que somos la mejor porción de los hijos de

4 3. Reg. cap. 2. V. 21. & V.4. (195r S). (por error la S está repetida).

Aarón. Nos haremos terribles a los demonios y se mirará lejos de nuestro espíritu la ingratitude, el desorden, la abominación y el olvido de la contención. Ofrezca Salomón víctimas a los ídolos, abrace Roboan una religión extranjera, construya Jeroboán becerros de oro, consulte a Belcebú (palabra ilegible), erija, en fin, Amón altares a Baal; que nuestras lágrimas serán derramadas entre el vestíbulo y el altar. Ellas formarán el Diluvio, que deberá purificar los afrentosos lunares de un Reino que se consituyó objeto de sus iras. Nuestro arrepentimiento destruirá las columnas idólatras de Betel y contendrá en el interior de la columna al Angel del Señor. No se verán los lastimosos estragos de la mortandad ni los desgraciados acontecimientos que aun lloran las faldas del Sinaí. Nuestra reconciliación con Dios será parto legítimo de un corazón arrepentido; y no será menos propia la que procuraremos con particulares esmeros de fidelidad con el invicto y grande Carlos III, Nuestro Príncipe amable, Nuestro Soberano augusto. //

196r

V

Todos los derechos de la República y sociedad política en ninguna parte logran mayor firmeza y estabilidad que en las Leyes de la verdadera Religión. Todo lo que debemos a Dios, a la Iglesia, al Rey, a la Patria, a las partes de la República y a la masa común de los hombres se funda en sus principios. Nadie puede ser buen cristiano sin que sea buen patricio, ni buen ciudadano sin que observe fielmente las máximas y preceptos del Evangelio. Son inseparables los espíritus de la Potestad Divina y humana. Se hallan perfectamente unidos con el vínculo más glorioso. Todo el confuso desorden y sensible desconcierto que se ha visto en los Pueblos es efecto del espíritu de preocupación, enemigo siempre irreconciliable con el de la Religión. Todas las turbaciones populares y la destrucción de la Paz y sosiego público son infelices consecuencias de los que arrastrados o de la malicia o de la más crasa ignorancia, viven con el vil conocimiento de que la Majestad y autoridad pública no se mira autorizada por el Evangelio. De todo el buen orden político y religioso son autores los Príncipes; como igualmente defensores de la vida

y fortuna de sus vasallos si la conversión a Dios es legítima y perfecta, lo será también la reconciliación con el Rey. Los Príncipes temporales sólo miran en este particular los intereses del Estado. El principal objeto de sus Reales atenciones son las conveniencias y felicidades de la Corona. La fidelidad y obediencia las contemplan como firmes columnas de la sólida constancia, segura estabilidad y conservación perpetua del Trono. Sus //

196v Rentas Reales son perfecciones extrínsecas que le dan mayor grandeza y más brillante esplendor. No se ignora que el religioso y sabio Monarca que nos gobierna emplea toda su ocupación en nuestra propia felicidad, en el decoro de su Monarquía y en la protección de su amado Pueblo. La conmoción general del Reino le había colocado en la dura precisión de renovar el tiempo de la opresión y esclavitud: de hacerse respetar como Rey poderoso y vengador y de elevar su fuerte brazo sobre los partidarios de la Rebelión con la espada desnuda de su poder. Le precisó a la devastación lastimosa de Provincias, a la inundación de sangre del Reino y a la conversión en cenizas de los Pueblos. Todo el Reino deberá ser un inmortal monumento, más célebre que las Pirámides del Macabeo, de los rápidos progresos de nuestra felicidad y subordinación. Deben renacer en los hijos de este Reino estas nobles perfecciones con más gloria que el sol cuando sale de un confuso eclipse. Las pruebas más ilustres de reconciliación son las nada equíocas demostraciones de obediencia y respeto al Rey y a sus Ministros. De esta preciosa Margarita proceden principalmente los bienes del Estado y las glorias de la Nación; y por el contrario, de la licenciosa libertad todos los mayores males de la República. Unos vasallos sin obediencia son horrendo fantasmón de vasallaje y constituyen un Rey farsante y ridículo. ¿Qué otra cosa produce la inobediencia que insolencias, sediciones, robos, incendios, escándalos, muertes, violaciones de templos, profanaciones de lo sagrado, desventuras y desconciertos? //

197r Para que de nuevo se merezca la gracia del Príncipe, es preciso que la fidelidad suba a las eminencias de la seguridad de Sion. La constancia romana sea emuladora del nuevo espíritu y vigoroso ardor que anima al Nuevo

Reino de Granada para emprender acciones las más heroicas y gloriosas del fiel reconocimiento y defensa de los timbres de la Nación. Llegará a lo sumo del heroísmo el ejemplo de subordinación que dejará a la posteridad, infundiendo tal ardor en los pechos marciales de sus hijos y aun de las Naciones extranjeras que harán vivir sus hazañas cuantos aprendan fidelidad en sus lágrimas y valor en sus cenizas. El será el que levantará las murallas de Sion con las ruinas de Babel. El, el que adornará el tabernáculo con los despojos de Egipto y fortificará a Judá con los caducos fragmentos de Samaria. Es verdad que en su pasado alucinamiento, cuando la Nobleza se hallaba preocupada de un vergonzoso temor y cobardía, cuando los montes eran el abrigo de los Netrales y miembros de su sociedad los peñascos y tierras, levantó torres de viento de magníficas esperanzas, intentando negar al propio dueño y desmembrarse de una Nación que le civilizó y dio la cultura de racionalidad y Religión que ahora goza. Pero también es verdad que ha dado grandes comprobaciones y testimonios ilustres de su verdadero arrepentimiento. Si las tinieblas del error fueron el camino de su perdición, faltando a la obediencia de su legítimo y jurado Rey: si han infamado sus hijos en lo más apreciable del honor a su Nación, penetrados del espíritu de la ínclita e innata fidelidad de los españoles a su Rey, quieren mejorar el //

- 197v Vasallaje, reformar su infiel relajación y dar la más completa satisfacción a su Príncipe ofendido. Ya no son hombres sin fe, gobernados por el falso celo de los espíritus partidarios de la sedición que con el artificioso esplendor de los intereses de la Religión concibieron el tirano, cruel y alevoso designio de correr a las armas y sublevarse contra la más augusta Majestad. Su fidelidad será inviolable y jamás se apartarán de su memoria los derechos de la Corona. Inalterable en todo tiempo será su obediencia y lejos de constituirla sacrilega y afrentosa, será su disposición siempre pronta a sacrificar a su Príncipe todo lo sagrado de las leyes de la Religión y del Estado. Se demostrará este Nuevo Reino parte la más pingüe de la herencia de su Soberano y Pueblo suyo invencible, sabiendo sufrir con tolerancia cristiana y llevar con alegría cuantos nuevos servicios le impusiese. Los mayores peligros

de perder la vida o los intereses no le permitirán como a David, otra cosa que el esperar en paz, sin inquietud y preparar sus apacibles manos para el sufrimiento religioso cuando la opresión o la ira le quiera castigar con su espada vengadora. El celo y actividad de su arrepentimiento sabrá calmar los furiosos vientos y temibles olas de las maliciosas e inopinadas conspiraciones que siempre intentarán los espíritus inquietos después de una general pacificación. Ellos, como hijos bastardos de la Patria su Madre común, no saben alimentarse sino de novelas perjudiciales al buen //

198r orden político y religioso. Ellos tienen todas sus delicias en las alteraciones sediciosas, dándoles poco cuidado que en cualquiera acontecimiento perezca todo después de ellos. Ellos no pueden mirar sin envidia y despecho la quietud de los Pueblos y la tranquilidad de la República. La idea de piedad que el Rey ha formado les es motivo de la más constante fidelidad a los vasallos arrepentidos. Les es suplicio el más cruel y doloroso cualquiera desgraciado acontecimiento de alevosa facción contra la pública autoridad. El más leve asomo de violenta contradicción y de tumulto popular los desazona y punza. No hay demostraciones menos equívocas de fidelidad, obediencia y respeto al Rey y a sus Ministros que el confesarse partes de un cuerpo mayor, atendiendo más a los intereses del Estado que a los propios. Es prueba la más ilustre de la debida subordinación al Soberano contemplarse poseídos y penetrados de esta gran máxima: o retirarse de sus negocios o mirar en ellos el bien público. Las gracias de la Real persona, y de nuestro buen Dios, no se franquean sino a aquellos que después de haber conocido el horrendo sacrilegio de la Rebelión, han procurado borrarlo con la sinceridad del arrepentimiento; y han tomado por su principal y privativo cargo adelantar los timbres de la Nación, promover las grandezas del Estado, enriquecer el Real erario, hacer respetables las armas del Rey y poner en el estado más honroso y de poder la Monarquía. Si los Pueblos llegan a persuadirse que se hallan con la indis //

198v pensable obligación de martirizar sus carnes, reducir su cuerpo a esclavitud, y tener su corazón penetrado del más vivo dolor, no se dudará de su segura reconciliación con Dios.

Si sus ánimos se hallan enteramente preparados hasta el punto de obedecer al Soberano y a todos sus Ministros que son los depositarios de su Real autoridad y vivas imágenes de su augusta persona, y de reverenciarles y amarles, mirando por la quietud pública y por los intereses de la Corona sin menoscabo de los fueros de la Majestad y Soberanía, no será extraña su perfecta reconciliación con el Príncipe. Satisfarán a Dios y al Rey si cubren su Real erario de todas las quiebras, atrasos y pérdidas que le ocasionaron y causaron sus despechos en tiempo de la tempestad. Como legítimo dueño gozaba de la legítima posesión de sus derechos y no pudo ser despojado de ellos por aquellos que se constituyeron jueces en causa propia. No se deben sentir los males de la Nación sino en cuanto éstos os comprendan o turben el sosiego de vuestra casa. El hombre civil no es otra cosa que un buen ciudadano; y siempre os debéis vosotros contemplar como miembro del Estado, conspirando al bien público, lejos de perjudicar a nadie. Debe resplandecer en vosotros aquel vleroso ardor o brío que el amor de la Patria os haga invencibles. La Patria, la sociedad, serán las voces de vuestras obras. La voluntad del Príncipe la contemplaréis señora de todas las leyes y forma del gobierno. Vuestra libertad no declinará y degenerará a la corrupción de las costumbres. Gloriosamen //

199r te la poseeréis pero siempre sujeta a la ley. Ilumine la gracia al corazón y no serán objeto de temeroso cuidado los mayores infortunios. Sólo el pecado es verdadero mal en este mundo. Exceptuada la culpa no hay calamidad que deba horrorizarnos, afirma Cicerón. Vengan adversidades de los tiempos, llegue la oposición de las molestias, ocurran mil angustias, abunden las fatigas, aumentense las ansias, crezcan los dolores, lluevan enfermedades, enfurézcase el fuego, brame el aire, encrésense las aguas, tiemble la tierra y desplómese el cielo que ninguno de estos formidables perjuicios, dice un grave autor, es verdadero mal si no se asocia de la culpa. Todos los gravámenes del Estado son yugo suave si les da el ser la penitencia y la reconciliación con ambas Majestades. No perdamos de vista la grandeza de ánimo de Nuestro Príncipe. Consevemos, pues, a tan augusto Soberano, que cada día nos ofrece pruebas ilustres de su celo

en asegurar con perpetuidad la Religión y afianzar nuestra dicha y tranquilidad. Su cuidadosa protección levanta nuestras miserias del seno de la barbarie y no ofrece a los ojos del forastero sensibles deshechos y desgraciadas ruinas. Su sabia y elevada política es la que lo ha hecho todo, la que lo ha separado todo y la que ha restituido, conserva y tranquiliza la quietud y público sosiego, que con violencia arrancaron de su natural centro los díscolos y sediciosos, enemigos crueles de la Patria. Su general Indulto sea el más precioso monumento de nuestra gratitud. Conozcamos la superior ventaja de que gozamos viviendo bajo las leyes //
199v de un Príncipe que es en sí mismo nuestra obra. Consagremos a sus derechos los más humildes respetos y los actos más propios de la natural, sagrada y política obediencia. Poderosos motivos nos asisten para estos gloriosos esmeros de Religión. Estos serán demostrados en el siguiente capítulo.